



desdelosimple

Para contemplar la vida

XXXIII Domingo del Tiempo Ordinario

Proverbios 31,10-13. 19-20. 30-31; Salmo 128; 1 Tesalonicenses 5,1-6; Mateo 25,14-30

Noviembre 19 del 2023

Entrar en el gozo eterno

Fr. Duberney Rodas Grajales, O.P.

En esta semana nos preparamos para ofrecerle a Dios nuestra alabanza de gratitud al reconocer su presencia en medio nuestro y hacernos conscientes de todos los bienes que hemos recibido de su generosidad. En este contexto quisiera recordar una de las enseñanzas de nuestra Iglesia entorno a la Eucaristía:

La Eucaristía es un sacrificio de acción de gracias al Padre, una bendición por la cual la Iglesia expresa su reconocimiento a Dios por todos sus beneficios, por todo lo que ha realizado mediante la creación, la redención y la santificación. Eucaristía significa, ante todo, acción de gracias. (CEC n.1360)

La Eucaristía, es el don más grande que se nos ha dado, es el medio eficaz que está a nuestro alcance para fortalecernos en la gracia en la que Dios obra nuestra santificación. Somos conscientes de que Dios infunde la gracia de su Espíritu en nosotros para que de esta manera podamos orientar nuestra vida hacia Él y alcanzar así la plenitud de la vida. En este contexto propongo acercarnos a las lecturas de este día, con el fin de entender y acoger el don del santo temor de Dios, como una manera efectiva de producir frutos con los talentos recibidos. En su carta sobre el llamado a la santidad el Papa Francisco nos exhorta con estas palabras:

No podremos celebrar con gratitud el regalo gratuito de la amistad con el Señor si no reconocemos que aun nuestra existencia terrena y nuestras capacidades naturales son un regalo. Necesitamos consentir jubilosamente que nuestra realidad sea dádiva, y aceptar aun nuestra libertad como gracia. Esto es lo difícil hoy en un mundo que cree tener algo por sí mismo, fruto de su propia originalidad o de su libertad. Solamente a partir del don de Dios, libremente acogido y humildemente recibido, podemos cooperar con nuestros esfuerzos para dejarnos transformar más y más. Lo primero es pertenecer a Dios. Se trata de ofrecernos a él que nos primerea, de entregarle nuestras capacidades, nuestro empeño, nuestra lucha contra el mal y nuestra creatividad, para que su don gratuito crezca y se desarrolle en nosotros. (Gaudete et exultate n.55-56)

Todo esto indica, la manera en que la parábola del Evangelio nos presenta la vigilancia en torno a la segunda venida de nuestro Salvador, en aquel día deberemos presentar los frutos que hemos producido con los talentos que hemos recibido. Para ello es necesario tener una adecuada comprensión del don del temor de Dios.

En la parábola podemos ver como una errónea comprensión del “temor de Dios” puede impedir la realización de la obra divina. El servidor que ha recibido un talento se ha



desdelosimple

Para contemplar la vida

olvidado de vivir en la alegría del llamado a cuidar los bienes del Señor, en cambio ha centrado su mirada en una falsa imagen de su amo: “Señor, yo sabía que eres un hombre duro, que quieres cosechar lo que no has plantado y recoger lo que no has sembrado” (Mt 25,2) se ha olvidado quien había puesto en sus manos su talento y por eso tuvo miedo y lo escondió. Sería conveniente preguntarnos que estamos haciendo con los talentos que hemos recibido. El Papa Benedicto XVI nos orienta con estas palabras:

El hombre de esta parábola representa a Cristo mismo; los siervos son los discípulos; y los talentos son los dones que Jesús les encomienda. Por tanto, estos dones, no sólo representan las cualidades naturales, sino también las riquezas que el Señor Jesús nos ha dejado como herencia para que las hagamos fructificar: su Palabra, depositada en el santo Evangelio; el Bautismo, que nos renueva en el Espíritu Santo; la oración —el "padrenuestro"— que elevamos a Dios como hijos unidos en el Hijo; su perdón, que nos ha ordenado llevar a todos; y el sacramento de su Cuerpo inmolidado y de su Sangre derramada. En una palabra: el reino de Dios, que es él mismo, presente y vivo en medio de nosotros. (Angelus 11-16-2008)

La apertura al don del espíritu nos permite reconocer nuestra pequeñez ante Dios, y al ser conscientes de su presencia y de las bendiciones que recibimos de su generosidad, suscita en nosotros el deseo de no ofenderle, así el temor de Dios surge de su amor por nosotros. La invitación de san Pablo a mantenernos en medio del mundo en la paz y el gozo del Señor, requieren de nuestra vigilancia y el don que nos hace permanecer en esta actitud es el temor de Dios, aquel que nos ayuda a tener una fuerte relación de amistad con Dios.

Sabemos que el santo temor es principio de sabiduría. Aquella sabiduría que nos permitirá un día presentarnos ante nuestro Señor y rindiendo cuentas de los talentos que hemos recibido alegrarnos al escucharle decir: “entra en el gozo de tu señor” (Mt 25,21). Es así como en la lectura orante de las Escrituras, hemos escuchado el elogio a este don. En la primera lectura encontramos la alabanza a la mujer que teme al Señor y en el salmo nos hemos unido diciendo: “dichoso el que teme al Señor”.

Para entrar en el gozo de nuestro Señor, aprovechemos esta semana de “acción de gracias” para hacernos conscientes de los talentos recibidos y de su uso. Pidiendo la guía y protección de nuestra Santa Madre, aprendamos de ella a guardar la Palabra de Dios en nuestro corazón para llevarla a la práctica. Hagamos eco de las palabras del Papa Francisco:

La espera del retorno del Señor es el tiempo de la acción —nosotros estamos en el tiempo de la acción—, el tiempo de hacer rendir los dones de Dios no para nosotros mismos, sino para Él, para la Iglesia, para los demás; el tiempo en el cual buscar siempre hacer que crezca el bien en el mundo. Y en particular hoy, en este período de crisis, es importante no cerrarse en uno mismo, enterrando el propio talento, las propias riquezas espirituales, intelectuales, materiales, todo lo que el Señor nos ha dado, sino abrirse, ser solidarios, estar atentos al otro. (Audiencia 04-24-2013)

¡Feliz día de Acción de gracias! El Señor haga fructificar los talentos que de su mano hemos recibido, para gloria y alabanza de su nombre, nuestro bien y el del mundo entero.